

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. | 15 REGALOS CADA MES

SUMARIO.—Alarcon, por don Jorge Cortés.—Ilusiones perdidas, poesía, por don Antonio Alcalde Valladares.—Un índice como hay muchos, por don J. M. Marin.—El crimen, poesía, por don José F. Sanmartín y Aguirre.—Las Visitas, por don M. J. Ruiz.—Un pensamiento, poesía, por don Julio de Eguilaz.—Revista local, por Fierabrás.—Miscelánea.—Charada.—Regalos.

ALARCON.

El Teatro español que cual humilde arroyo, naciera con las farsas de Torres Naharro y Lope de Rueda, habia en el transcurso de pocos años, dilatado su corriente y extendido sus márgenes, hasta formar caudalósísimo río y llegar al apogeo de su grandeza á principio del siglo XVII. Lope de Vega, el mas fecundo de los autores dramáticos, mónstruo de la naturaleza, como sus contemporáneos le llamaron, fué el que tuvo la inmarcesible gloria de crear nuestro Teatro Nacional. A su lado crecian é iluminaban con luz propia los horizontes de la escena, Tirso de Molina, Velez de Guevara, Moreto y tantos otros, no menos dignos de estima y veneracion que los nombrados. Y el dia en que Lope de Vega, principió á declinar en la carrera de la vida, surgió á su lado la gigantesca figura, admiracion de las edades, de Calderon de la Barca, cual si se hubiese encarnado en él, el espíritu que con tan vivos resplandores centelleara en el Fénix de los ingenios. Toda la naturaleza habia rendido vasallage á nuestros poetas dramáticos; en todas partes habian alcanzado alzarse un

trono para el respeto de la generacion contemporánea y un altar para el culto de las venideras. La fábula y la historia, lo sagrado y lo profano, las mas heróicas pasiones y los mas innobles instintos, habian, cayendo bajo su dominio, suministrádoles anchurísimo campo para ejercitar su inagotable inventiva. Hijos legítimos de aquellos esforzados guerreros que lucharon ocho siglos por espulsar de nuestra pátria las fanáticas huestes musulmanas; herederos de sus nobles y gloriosas tradiciones, trasladaron á las tablas los objetos de su idolatría y veneracion, y, Dios, su rey y su dama, constituyeron la trinidad moral sobre que basaron sus dramas, así como sobre ella se habia fundado la nacionalidad española. En su ardiente entusiasmo por tan queridos objetos y cegados por el prisma de la nacionalidad, no repararon el error que cometian á veces, vistiendo á la española los personages históricos ó mitológicos, animándoles en las pasiones que les inflamaban y haciéndoles hablar el lenguaje del honor y de la galantería, derivado del elemento germánico. Reflejando en sus dramas la fecundidad de nuestro fértil suelo y los rayos de nuestro sol meridional, produjeron aquella admirable lozanía y aquel artificioso enredo y aquellos inesperados desenlaces que tanto nos encantan todavía.

Empero faltábale aun á nuestro Teatro un elemento sin el que las mas bellas creaciones literarias carecen de brillo duradero. Nuestros poetas no se habian propuesto por regla general, mas objeto que

el de agradar al público con lo complicado de la trama y la galanura de la versificación de sus comedias y habían descuidado el *fin moral*, fuente inmaculada de la verdadera belleza.

El que llenó este vacío y completó la obra de su inmortalidad, fué *Alarcon*.

Cortísimas son las noticias que nos quedan de este esclarecido ingenio. La enemiga estrella que le persiguió en vida, parece no haber mitigado su encono después de muerto, hasta el punto de haber sepultado casi en el olvido su memoria. Laboriosos escritores han conseguido, sin embargo, en estos últimos años y á costa de mil afanes, suministrarnos algunos datos acerca de su vida. Sabemos que don *Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza*, nació en Taseo, —Nueva España,—que vino á Sevilla y después á Madrid á pretender, y que la dura necesidad le obligó á escribir para ganar su sustento. Nombrado después Relator del Consejo de Indias, continuó en el desempeño de esta plaza hasta su muerte, acaecida el 4 de Agosto de 1639.

Ingrata mostróse la naturaleza con el físico de Alarcon, si pródiga por lo que toca al espíritu. Es notorio que era pequeño y feo y corcobado; pero en cambio, su sensibilidad exquisita, su moralidad intachable, su delicadeza é hidalguía, dignas de los tiempos caballerescos y su filosofía resignada y piadosa, nos revelan el alma de un cristiano y el corazón de un caballero. Solo el que abrigara en su pecho tan nobles y puros sentimientos podría habernos dado una idea tan elevada y sublime del *deber*, como la que espresan los conocidos versos de

Para hacer lo que yo debo,
solo á lo que debo miro;
ni á otros efectos aspiro,
ni de otras causas me muevo. (1)

Si queremos ver su retrato trazado de mano maestra, no tenemos más que leer una de sus mejores comedias, *Las Paredes Oyen*, y le hallaremos en don Juan de

(1) Pechos privilegiados, acto 1.º, escena 3.ª

Mendoza, como si el poeta hubiese querido retratarse á sí propio y con su mismo nombre, para mostrarnos lo desaliñado de su cuerpo y la nobleza de su alma.

Parecía natural que tan distinguidas prendas morales, hubieran de haberle augurado el aprecio y consideración de sus contemporáneos; pero desgraciadamente fué todo lo contrario. En la Biblioteca Nacional, se conservan varias composiciones satíricas de los más celebrados poetas de aquel tiempo, cuya pobreza de ideas y de conceptos no revelan más que el odio que les inspiraba el autor de *Ganar Amigos*, cuando tenían que apelar al innoble recurso de tildar su persona, en la dificultad de clavar el venenoso aguijón de la envidia en sus obras.—Basta; abochorna recordar tales miserias.

Hemos indicado ántes, y ahora lo repetimos de nuevo, que el pensamiento mora! es lo que distingue á Alarcon, de nuestros demás autores dramáticos, y lo que le dá vida propia y fisonomía especial, constituyéndole en una individualidad. La mayor parte de sus comedias ofrecen al público un cuadro vivo y animado de moral, donde, conducido insensiblemente por la mano del autor, va aplicando el dedo á los vicios de la humanidad, no para entregarnos á un desgarrador escepticismo, como es de moda en los actuales tiempos, sino para que viendo su deformidad, evitemos á fuer de espertos pilotos los escollos en que otros ántes se estrellaron, á fin de que hagamos con felicidad la jornada de la vida. Así la maledicencia y la mentira, por ejemplo, vicios que carcomen la sociedad y que tan fatales consecuencias originan, han sido por él tratadas de una manera tan magistral que á ningún escritor ha sido después dable alcanzarle. *Las Paredes Oyen* y *La Verdad Sospechosa*, son dos creaciones inmortales que no han tenido ni tendrán regularmente rival. Por esta razón sus comedias una vez vistas ó leídas, no se borran fácilmente de la memoria; su profunda moralidad se graba in-

deleblemente en el corazón, y si alguna vez arrastrados por la humana flaqueza nos desviamos del sendero de la virtud, se alza enérgica la voz de la conciencia, amestrada por el ejemplo, para apartarnos, condenándola, del precipicio en que ciegos, nos íbamos á despeñar.

No solamente se propone Alarcon, corregir, sino que siguiendo el conocido precepto de Horacio, aspiró tambien á deleitar con la singular perfeccion con que manejó los caracteres de sus dramas, con su diction pura y castiza, con su versificación correcta y espontánea, y con su estilo siempre sostenido y noble. Así es que el lector aprende insensiblemente las mas altas verdades filosófico-morales y cree tan solo haberse divertido cuando se ha instruido en el conocimiento de sus deberes. Tan relevantes dotes le hacen aparecer, en nuestro humilde concepto, como el primer autor dramático del Teatro español antiguo. No intentamos con esto rebajar el mérito de Lope de Vega ni de Calderon; pero creemos firmemente que el creador del *Tejedor de Segovia*, es el mas espiritual y mas real de nuestros poetas, siendo, segun la feliz espresion de un distinguido crítico contemporáneo, *el vinculo entre el clasicismo antiguo y el romanticismo moderno*.

Jorge Cortés.

LAS ILUSIONES PERDIDAS.

¿Oyes del viento al silbido
agitarse nuestra vida
huyendo el placer querido?
Ese es el triste gemido
de una ilusion ya perdida.

¿Oyes al ave trinando
tristes, sentidas canciones,
mientras se va remontando?
Pues es que van ya volando
al cielo las ilusiones.

Al mar proceloso y fiero
sin rumbo ni freno ya,
lo oyes rugir altanero?
Pues es el eco postrero
de una ilusion que se va.

¿Miras el triste quebranto

de una muger á quien hieren
las penas del desencanto?
Ese es el dolor del llanto
por ilusiones que mueren.

Miras el sepulcro impio
que al son de triste reló
abre su centro sombrío?
Pues guarda el cadáver frio
de una ilusion que murió.

A: Alcalde Valladares.

UN ÍNDICE COMO HAY MUCHOS.

Los que hayan sido muy dados á la lectura de novelas modernas encontrarán, así lo esperamos, bastante parecido en el siguiente:

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS

DE UNA NOVELA

AL GUSTO DE LA ÉPOCA.

- 1.º Portada.
- 2.º Dedicatoria.
- 3.º Dos palabras al lector. (*Estas dos son, por lo regular, mas de quinientas mil.*)
- 4.º Introduccion.
- 5.º Prólogo.

LIBRO PRIMERO.

Cap. I. La caverna de las cavernas cavernosas y cavernadoras.

Cap. II. De cómo el moro Flin-flin, no era el moro Flin-flin, sino el palacio Flin-flan.

Cap. III. El lago de sangre.

Cap. IV. ¡¡¡Pobre Victorina!

Cap. V. El castillo de Hanstorkgango.

Cap. VI. Lo que había detrás de la puerta y en la barriga de una tinaja.

LIBRO SEGUNDO.

Cap. I. En que se demuestra que dos y dos son diez y siete, y otras cosillas.

Cap. II. El fraile encarnado.

Cap. III. Dos ramilletes, cinco billetes, treinta rehiletos y un millón de sorbetes.

Cap. IV. Entre sombras, penumbras y opacidades.

Cap. V. ¡Pif!

Cap. VI. Donde se sabe al fin quién era el hombre de la nuez gorda.

Cap. VII. Suavidades y garrotazos.

LIBRO TERCERO.

Cap. I. ¡Ya era tarde!

Cap. II. (.....)

Cap. III. El pabellon del Norte.

Cap. IV. Donde nos volvemos á encontrar con un antiguo conocido, que no es otro que el prójimo de la consabida nuez.

Cap. V. El manuscrito.

Cap. VI. El tósigo.

Cap. VII. Perturbacion, terremoto, desjuiciamiento y pulverizacion.

Cap. VIII. La campanilla endemoniada.

LIBRO CUARTO.

Cap. I. Entre una docena de abismos.

Cap. II. Un suspiro y un metrallazo.

Cap. III. Quién era el que era, cuándo lo era, en el caso de que lo fuera.

Cap. IV. El duelo á muerte.

Cap. V. Oro, oropel y orozúz.

Cap. VI. La hendidura del monte Chichiz.

Cap. VII. Lo que pasó á las doce de la noche del 24 de Noviembre de 1102, donde sabrá el lector.

Cap. VIII. De cómo la dama incógnita, mirándose las manos y los piés, se encontró con veinte dedos cuando menos lo pensaba.

Cap. IX. ¡Se armó la gorda!

LIBRO QUINTO.

Cap. I. Donde se dá cuenta de lo que ocurrió detrás de los árboles mientras roncaba doña Telesfora de Aguante.

Cap. II. Cataclismo insignificantísimo.

Cap. III. T. V. O.

Cap. IV. De como Florina se apretó el corsé hasta que reventó con la gracia mas esquisita.

LIBRO SESTO.

Cap. I. Lúcas Gomez.

Cap. II. Barbaridades melifluas.

Cap. III. El ventisquero.

Cap. IV. De qué manera se supo aquello.

Cap. V. La enmascarada.

Cap. VI. Donde se marcan exactamente las dimensiones del talisman que poseía el señor de Makanna.

Cap. VII. ¡Murió!

Cap. VIII. ¡No murió!

Cap. IX. ¡Resucitó!

Cap. X. Ora pro nobis!

Cap. XI. La taza de caldo.

Cap. XII. Lo que estaba encerrado en la cueva de la taberna del Conejo Furioso.

Cap. XIII. El incendio.

Cap. XIV. El principio del fin.

Cap. XV. De cómo concluye por un fallecimiento universal esta verídica historia.

—Conclusion.

—Epílogo.

—Notas.

Si algun autor novel gusta del anterior índice, con la mayor y mejor voluntad se lo regalamos.

Seguro puede estar que por donde quiera encontrará muchos que sobrepujarán á ese en rasgos grotescos, enigmáticos y disparatados.

Estos índices, que entrañan, generalmente, el espíritu que preside en las obras á que se refieren, pertenecen á un gusto literario importado recientemente, y el cual, personificándolo por medio de una espresiva metáfora, nos parece un *Clown* incomparable en *dislocaciones de gimnasia intelectual*.

J. M. Marin.

EL CRÍMEN.

- ¿A dónde vas?
—No lo sé.
- ¿Luego ignoras?
—El camino.
- ¿Quién te impele?
—Mi destino.
- ¿Luego has perdido...
—La fé.
- ¿Sufres?
—Continuo dolor.
- ¿Lloras?
—Se secó mi llanto.
- ¿Padeces?
—Asáz quebranto.
- ¿Amas?
—No cabe en mí, amor.
- ¿Aborreces, pues...?
—Al hombre.
- ¿Huyes...
—De la sociedad.
- ¿No crees ya...
—En la amistad.
- ¿Y dudas?
—Sí, de su nombre.
- ¿Qué, pues, te halaga?
—El placer.
- ¿Y así vives!
—Entre el vicio.
- ¿Corres, pues?
—Al precipicio.
- Vuelve atrás.
—No puede ser.
- ¿Partes?
—De mi suerte en pos.
- Espera...
—No hay resistencia.
- ¿Quién te acusa?
—Mi conciencia.
- ¿Y quién te persigue?
—Dios!
- De Él te separa...
—Un abismo.
- Eres un ser...
—Misterioso.
- ¿Tu nombre?
—No es nada honroso.
- ¿Eres el Crímen?
—¡El mismo!!

José F. Sanmartín y Aguirre.

Valencia.—1868.

LAS VISITAS.

DE CUMPLIMIENTO.

Introducción de cortesías y apretones

de manos y unas cuantas muecas, con aspiraciones de sonrisas, antes de tomar asiento.

El visitante.—El vizconde de la Alcachofa, mi amigo desde la niñez, á quien he tenido el gusto de encontrar en Paris, me ha rogado venga á reiterar á usted, su mejor amiga, su distinguida consideración...

La señora de la casa.—Sírvasse usted manifestarle mi gratitud por su galante recuerdo, y doy á usted gracias por la honra que me dispensa haciéndose para conmigo intérprete de los sentimientos del vizconde.

El.—Gracias, señora.

Ella.—Es usted muy galante.

Momento de pausa.

Ella arregla los pliegues de su traje y él agita, como al descuido, los dijes prendidos á la cadena de su reloj.

Ella.—¡Qué tiempo tan desabrido!...

El.—Oh! sí: el tiempo... la lluvia... el huracan... el sistema nervioso...

Nuevo silencio.

Ella.—¿Ha visitado usted la Exposición?

El.—Sí, señora; aquello es una nueva Babel.

Ella.—Oh! Paris...

El.—Ah! Paris...

Se levanta el caballero, hace cincuenta ofrecimientos, obliga á su cuerpo á tomar veinte veces la figura de una S y se repiten, como obligado epílogo, las sonrisas y los apretones de mano.

DE CONFIANZA.

Tilin! tilin!

El papá.—Adelante, Carlitos... (Echándole los brazos al cuello.) Picarillo, dónde ha estado usted metido durante dos días que no le hemos visto?

La niña, desde su gabinete.—Buenos días, Carlitos. ¡Gracias á Dios que se deja usted ver! Entre usted, y dará usted su opinion respecto á la disposición de este lazo que me estoy colocando al espejo...

Carlitos, al papá.—Si usted me lo permite...

El papá.—Oh! sí, sí... Es usted de confianza... Pues no faltaba mas!...

La mamá, desde el estrado.—Carlitos, venga usted á ver cómo ha aprendido mi loro á coger los garbanzos con la patita.

El papá.—Sí, vaya usted, Carlitos, y luego lo llevaré á que vea mi mono del Brasil.

Carlitos.—Voy antes á ponerme á los piés de la señorita...

El papá.—Ah! tiene usted razon... ¡Siempre tan cumplido!

Carlitos entra en el gabinete de la señorita.

La mamá, al oído de su esposo.—Hombre! no te escamas?

El papá.—¡Tonta! Carlitos es de confianza.

DE RECLAMACION.

El deudor.—No se detenga usted, señor don Liborio; tome usted asiento... aquí... aquí en esta butaca... ¡Qué placer tengo en que honre usted esta su casa!... Cada dia mas grueso... mas saludable... Oh! los aires de su huerta... los paseos... las satisfacciones... Yo tambien deseaba verle (muy lejos)... porque, si señor, porque... los tiempos ..

El acreedor.—Oh! sí, los tiempos... por eso vengo... (Saca un papel de la cartera.)

El deudor.—Si, señor... esta lluvia... ¿Cómo tiene usted los sembrados?

El acreedor.—Medianos; pero las atenciones...

El deudor.—Oh! sí, lo comprendo... ¿Cuánto le cuesta á usted el sostenimiento del chico en Paris?... Si supiera usted cuánto va adelantando el mio... Hoy nacen las criaturas sabiendo tanto como Salomon.

El acreedor.—Tiene usted razon; pero... (Desdobra el papel.)

El deudor.—Sabe usted, señor don Liborio, que es lindísimo el carruaje que ayer ha estrenado usted...

El acreedor.—Y para pagarlo cuento

con los cuarenta mil reales que representa este pagaré firmado por usted y vencido ayer.

El deudor.—(Me partió.) Hoy me es imposible abonar esa suma... Mi dependiente se dedicará hoy á hacer efectivos ciertos créditos, y mañana pasará á casa de usted á recoger el pagaré.

El acreedor.—Es que hoy tengo que pagar...

El deudor.—Pues, amigo mio, no puedo abonarle.

El acreedor.—Tomaré mis medidas...

El deudor.—Las que usted quiera.

El acreedor.—Corriente. Beso á usted la mano.

El deudor.—Vaya usted con Dios... ¡Comprendo el suicidio!

AMOROSA.

El novio.—Buenas noches, doña Anastasia.

La mamá.—Téngalas usted felices.

El novio.—¿Qué lee usted, Emilia?

La novia.—*La perfecta casada.*

El novio.—¿Le gusta á usted, señorita? (¿Me quieres?)

La novia.—Mucho, mucho! (¿Por qué has venido tan tarde?)

Suena un companillazo. Nadie se mueve. Vuelve á sonar la campanilla.

La novia.—Mamá, que llaman.

La mamá.—Hija, este pícaro reumatismo... ¡Allá van! (Se dirige hácia la galería.) ¡Y ellos solos!!! ¡¡¡Horror!!!

El papá, tosiendo en el portal.—Ejem!... ejem!

La mamá, volviendo azorada.—Niña, tu papá.

El novio.—Me escurro...

La novia.—Por la escalera de la cocina...

La novia, saliendo al encuentro de su papá.—¡Papaito!

El papá.—Vamos á rezar.

A poco se oye el ruido de una puerta que se cierra.

El papá.—¿Qué ruido es ese?

La novia.—Nada papá... Los gatos que han derribado una silla...

El novio, en la calle.—¡Respiro al fin!

LITERARIA.

Julio.—Felices días, Luis.

Luis, con entonación dramática:

El negro manto de la negra noche...

Julio.—¿Estamos con las musas?

Luis, con voz estentórea:

Lóbrego al mundo por do quier asombra...

Julio.—¡Demonio de poetas! ¿Qué escribes, Luis?

Luis, agitando el brazo derecho:

Y los oscuros campos, á su sombra...

Julio.—Pero, Luis... responde...

Luis, con aire de triunfo:

La dama y el galán cruzan en coche.

Ah! eres tú, Julio?... Ven, siéntate á mi lado y te leeré los seis mil ochocientos y pico de versos que tengo escritos de mi leyenda *El esqueleto y el puñal*...

Julio.—Venía á hablarte del negocio...

Luis.—Si vieras qué situaciones tan dramáticas tiene mi leyenda!...

Julio.—Si, hombre, del negocio de la testamentaria...

Luis.—Escucha y verás qué efecto ha de producir la estrofa con que termina la octava parte:

Y ruge el huracán irresistible,
Y el rayo entre las nubes fiero asoma,
Y el espectro tenaz, vision horrible,
Sobre Inés iracundo se desploma.

Julio.—Mira, chico, otro día hablaremos de la testamentaria, porque hoy las musas te tienen verdaderamente irresistible. Adios!

Luis.—Escucha... Ven acá... ¿Qué te parece la estrofa...

Julio.—Soberbiamente.... disparatada... Adios, adios!

Hay visitas que empalagan
y empalagosas visitas.

Quizá las que mas nos cargan
son las que quedan descritas.

M. J. Ruiz.

UN PENSAMIENTO.

No sientas, niña hermosa,
Del ser que te idolatra los dolores.
En tu seno de rosa
Renazcan vividores,
Sueños felices, plácidos amores.

¿Quién el alma te ha herido?
Solo tu corazón que inquieto y blando,
Con ansioso latido,
Te grita, suspirando:
Tu amante sufre, pena tú llorando.

El corazón te engaña,
Dile que quien te adora es venturoso:
Tu imagen le acompaña,
Recuérdate amoroso,
Y arde su pensamiento victorioso.

¿Quieres, niña inocente,
Quieres saber su pensamiento amado?
Figúrate un luciente
Paraíso encantado,
Y allí reinando tú, y él á tu lado.

Con gozo te le envía:
Mirale y cese tu mortal recelo.
Radiante de alegría,
Ya tiende á tí su vuelo...

¡Flor de las flores, ábrele tu cielo!

Julio de Equilax.

1865.

REVISTA LOCAL.

Ingrata tarea me ha encomendado V., amigo director de EL TESORO, al encargarme el trabajo de historiar los sucesos de cada semana. Y digo ingrata, porque dada la escasez de sucesos que de ordinario se observa en la ciudad que fué un día fastuosa corte de Califas y el habitual quietismo en que *vejetan* sus moradores, claro está que he de verme apurado para dar interés á mi trabajo.

Y en prueba de ello, ¿qué acontecimientos han ocurrido en la última semana que puedan dar útil ocupación á mi pluma? Vea usted, pues, si inauguro mi comisión bajo los mas desfavorables auspicios!

Aquí, donde no disfrutamos de la *vida de salón*, como diría un revistero de Madrid; aquí, donde los teatros están casi constantemente cerrados; aquí, donde la

Academia de Ciencias no ofrece esos grandes torneos de la inteligencia que distraen la imaginación y elevan el espíritu; aquí, donde todo va en decadencia, menos la *culta* afición á las *lides* taurómacas, no es fácil, amigo director, dar novedad é interés á las revistas semanales.

¿He de lanzarme por el trillado camino de la crítica? Criticar es muy fácil; pero nada más difícil que probar la razón de la crítica.

¿Apelaré al recurso de revelar ciertas historias? Conozco muchas, y muy curiosas por cierto; pero al buen callar llaman Sancho, y no quiero pasar por indiscreto.

¿Me ocuparé de amoríos? En este género abunda el *contrabando*, y podría faltar á las prescripciones... de la conveniencia.

¿Del precio del pan? Esto es de la exclusiva competencia de los gacetilleros, y no estoy por atacar la propiedad.

¿He de terciar en la contienda de los *anticuarios*? Libreme Dios de hacer tal majadería: no estoy dispuesto á hacer bostezar á mis lectores.

¿Meteré mi cuarto á espadas en la cuestión de la *tísis*? Todo menos que eso: allá se las avengan como mejor puedan el Doctor Aguayo y el *Dómine Spera in Deo*...

Allá veremos, amigo director, dónde busquemos asuntos para nuestras revistas. Por hoy me limito á decir á V. que no se ha aclarado aun si la suspensión del espectáculo anunciado para el jueves último en el teatro Principal, fué originada por haberse *indispuesto* el público, ó la *Cabeza parlante*; que se activan los preparativos para la gran fiesta musical que se dispone en el Círculo; que la junta Directiva del *Círculo de la Amistad* ha acordado la celebración de *Juegos florales* en el presente año, y ha pedido la designación de asuntos á la Academia de Ciencias de esta capital; que los alumnos de Terpsícore se solazan algo, merced al amigo Gonin, y que se hacen preparativos para la romería del Miércoles.

Dé usted espresiones á *el de marras*... y hasta otro día.

Fierabrás.

MISCELANEA.

Hemos tenido el gusto de recibir el primer número de *La Azucena*, semanario de literatura que ha comenzado á publicarse en Valencia. Le deseamos fortuna, y corresponderemos á su galantería devolviéndole la visita que se ha servido hacernos.

Se nos ha remitido la siguiente solución á la charada inserta en el número anterior:

En tu número postrero
fijé ansioso la mirada,
y encontré que tu charada
quiere decir MAJADERO.

Brabra.

Jerez, 14 de Enero 1868.

CHARADA.

De dos y prima al momento
razón te darán los vates,
pues ellos son en la tierra
los únicos que la hacen.
Segunda y cuarta me arranca
ver á una niña, cobarde,
huyendo de cuarta y tercia,
si se le pone delante.
Mas blando que prima y cuarta,
que hecha pan muy bien nos sabe,
me pongo, cuando una bella
con amor llega á mirarme.
Y es mi *todo* un insectillo
que hallamos en todas partes
y que del sol á los rayos
le gusta mucho ostentarse.

Bertoldo.

REGALOS.

Los correspondientes al presente mes se adjudicarán desde el 1 al 6920 en el sorteo de la lotería del 21 del actual.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1868.

Imprenta de *El Guadalupe*, Pescadores, 17.